

I

Hemos pecado y hecho lo malo; hemos sido malvados y rebeldes;
nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus leyes.
Daniel 9, 5

Miércoles, 13 de octubre de 2010. 7 de la mañana. Iglesia de Santa María Magdalena, Sevilla

Una mujer de mediana edad y apariencia sencilla rebusca en su bolso, saca un manajo de llaves y abre una de las puertas laterales de entrada a la iglesia. Entre la oscuridad, se dirige al cuadro de luces que hay en un armario al lado de la puerta y levanta varias filas de diferenciales, mientras el interior del recinto va recuperando su esplendor, para ir descubriendo, zona a zona, sus obras de arte barroco y mudéjar.

Recorriendo un largo pasillo, entre el silencio hueco que lo inunda todo, tan solo se perciben las pisadas de sus zapatillas sobre las losas de mármol pulido y piedra por las que pasa. Las diferentes imágenes de santos y vírgenes, testigos impertérritos ante el transcurrir de los tiempos, trascienden inmóviles a su paso rápido hacia la sacristía, mientras el olor a cera e incienso quemados, impregnado en cada poro de sus muros, oculta múltiples mensajes sellados de otras épocas.

Una vez en la sacristía, y después de colgar la chaqueta en una percha dentro de un viejo y oscuro ropero, saca de una bolsa de plástico una bata de trabajo que lleva bien

limpia y doblada. Mientras acaba de abrocharse los pequeños botones anacarados, abre la puerta contigua del armario para coger unas bolsas de basura, además de algunos trapos para limpiar el polvo. Va con algo de prisa, pues debe asegurarse de que todo esté limpio y en orden para la misa de las ocho en punto.

De camino al altar mayor, pasa ante una pintura de gran antigüedad y en la que pocos feligreses reparan, el auto de fe en la plaza de San Francisco de Sevilla de 1660, crónica y testimonio mudo de otras épocas oscuras. En el transcurso del recorrido, al llegar a la altura de un confesionario, se da cuenta de que un charco de líquido oscuro ensucia el acceso.

De forma malhumorada, y creyendo vertido un refresco que alguien ha dejado en su interior, saca uno de los trapos que lleva sujetos al cinturón de la bata, se arrodilla en el frío suelo y empieza a recoger el líquido, sin darse cuenta de que las cortinillas del confesionario están echadas, cuando deberían estar abiertas y atadas a sus laterales.

—Vaya por Dios... ¡Qué poca vergüenza y respeto tienen algunos!

Al recoger el líquido, comprueba que, además de ser algo consistente, desprende un cierto olor férreo, por lo que, intrigada, levanta el trapo totalmente empapado y se lo lleva a la nariz para intentar averiguar mediante el olfato de qué se trata. Ante su asombro, lejos de parecer un refresco, la sustancia, de un color rojo muy oscuro, empieza a resultarle familiar, y un sudor frío empieza a recorrer todo su cuerpo, provocando que el vello de sus brazos se erice paulatinamente, mientras empieza a oír en su interior el latir cada vez más acelerado de su corazón.

Alzando la cabeza para mirar hacia el confesionario, a la vez que se levanta del suelo, con una mano temblorosa y el trapo húmedo en la otra, retira con temor una de las cortinas para descubrir en el interior el origen del líquido derramado.

Con un sobresalto, la visión de la dantesca escena le impacta de tal forma que lanza un grito de horror mientras da un paso atrás, sin darse cuenta de que pisa lo que al final resulta ser un charco de sangre, que le hace resbalar y caer al suelo, manchándose del líquido vital. Su grito es tan potente y desgarrador que resuena en todos los rincones de la iglesia y hace que decenas de palomas posadas en los ventanales, salientes y recovecos de la imponente fachada del sacro edificio salgan volando en todas direcciones.

Después de levantarse del suelo y limpiarse las manos como puede, entre sollozos y rezos, consigue echar mano del teléfono móvil que lleva en uno de los bolsillos de la bata. Recostada contra la verja que protege la imagen de un Cristo crucificado que parece mirarla con tristeza, casi no puede mantener una respiración acompasada, mientras intenta pulsar el número de emergencias.

Apenas unos minutos después, un vehículo de la Policía Nacional y una ambulancia llegan ante la puerta de la iglesia con sirenas y estroboscopios encendidos, acudiendo a la llamada de la destrozada testigo.

Mientras la policía bloquea la entrada a la iglesia, llega el párroco, un hombre mayor que, vestido de seglar, busca desesperadamente entre los agentes hasta dar con la mujer, sentada en uno de los bancos de madera, acompañada por personal sanitario que le proporciona protección y atención médica, intentando aliviar el impacto de las imágenes

percibidas. Al encontrarla, y sin apenas mediar palabra, los dos se abrazan desconsolados por la magnitud del hallazgo y por el lugar donde ha sucedido.

A escasos metros se encuentra el confesionario, acordonado por las cintas de plástico de colores vistosos que usa la policía, que parecen intentar proteger a cualquiera de una visión nunca apta para ser recordada, pero que finalmente se convierten en anuncio y reclamo de una desgracia acontecida. En apenas una hora, el personal de investigación de escenas del crimen ya ha ocupado toda la zona, tomado muestras y fotografiado cualquier objeto o rincón que crean que puede ayudar a resolver el caso, a la vez que uno de los investigadores, ataviado de pies a cabeza con un mono para evitar contaminar cualquier rastro del crimen, guarda minuciosamente el trapo y la bata manchados de sangre dentro de sendas bolsas de pruebas.

El interior del confesionario recuerda a un cuadro de tortura medieval. Allí se encuentra, postrado en la vieja y oscura silla de madera forrada de tela oscura y encajes, el cadáver de un hombre muy anciano, desnudo, con la cabeza recta, fijada a la pared mediante una especie de horquilla de doble punta, con dos pinchos que le sujetan el mentón y otros dos clavados en la parte superior del esternón, en el mismo nacimiento de las clavículas, como si de un muñeco de guiñol se tratase, coronada con un capirote puntiagudo y hecho a base de telas viejas.

Como una figura de cera por la palidez y satinado de su rostro, con el visible paso del tiempo en su piel arrugada, tiene los ojos abiertos y una mueca de horror dibujada en la boca entreabierta, de la que parece habersele arrancado la lengua, una mutilación que, sumada a la genital, explicaría

la gran cantidad de sangre presente en las paredes y el suelo del confesionario, donde innumerables pecados han podido escucharse con el pasar de los años.